

El monumento recuerda un bombero que colocó un niño sobre su pecho: el bombero se dejó caer de espaldas, despedazándose, pero salvando al niño.

La gratitud pública repite ese tradicional episodio: cuando humeaba la piedra, cuando las víboras de fuego ceñían el edificio haciéndolo bambolear como ébrio; cuando se hundían con estrépito los techos, y los gemidos cruzaban el viento, y los alaridos de angustia y dolor hacían temblar la ciudad entera; cuando este espectáculo de destrucción se enseñoreaba y sobrecogía de espanto, se notó en las alturas de un edificio un niño que corría en las citarillas salientes á la calle, próximo á perecer, tan rubio, tan hermoso, tan delicado.... Uno de los bomberos lo percibe.... no vacila un instante, escala, se encarama, las piedras que se desmoronan esperan que pase para caer.... parece que le hace paso la llama.... desaparece entre el humo.... la ansiedad por su vida es mortal.... el humo se disipa; él aparece en la altura con el niño en los brazos.... una ráfaga de felicidad iluminó las almas.... el descenso comienza.... va descendiendo entre una granizada de piedras, de cristales despedazados, de plomo y hierro fundido.... hubo un momento en que el tránsito fué imposible.... faltaba piso, la ceja de pared que sustentaba al héroe, se desgranaba.... el niño veía absorto á su salvador, le tenía abrazado su cuello.... la muerte era indefectible: todos llevaron las manos á sus ojos para no presenciar la horrible catástrofe.... entonces el bombero cogió al niño, lo acomodó sobre su pecho, como en una cuna, puso en hueco sus brazos para defenderlo, y se precipitó de espaldas desde la inmensa altura.... haciendo que de sobre su cuerpo despedazado se quitase al niño, sano y salvo....

El hecho es de aquellos que son gloria y orgullo de la humanidad. El monumento de los bomberos es hermoso, y es hermoso porque motiva la eterna ovación que justamente se rinde á esa institución sublime.

El monumento consiste en una columna piramidal que descansa en un macizo pedestal de mármol, con planchas de granito. El bombero tiene una expresión sublime. Uno de sus brazos rodea al niño, defendiéndole de la llama; en la otra tiene la trompeta que distingue al bombero, y cuelga á su lado una linterna. Sobre las cuatro pilastras de otro monumento, se extiende una pequeña bóveda, y en ella hay figuras alusivas al Cuerpo de Bomberos.

Siempre siguiendo entre lápidas, obeliscos, estatuas y pirámides, me detuve á leer el epitafio de un bravo marino, que él propio construyó su sepulcro y lo tuvo en expectativa de su mansion, diez y ocho años.

El monumento de la jóven Carlota Canda, es una grandeza de Greenwood; es casi un templo ceñido con su balaustrada de fierro y custodiado por ángeles.

La jóven á quien se dedica el monumento, tenía diez y siete años; las gracias coronaban su frente; la felicidad tendía á sus piés alfombras de flores.

Regresaba de un baile con su padre y una amiga. En el baile había sido el rayo de sol, el canto de jilguero, el celaje de oro de la reunión.

Detúvose el carruaje que la conducía cerca de Broadway: el padre descendió á dejar á la amiga; el cochero dejó el pescante; cayeron las riendas; los caballos, desbocados, azotaron el coche contra una esquina; la niña cayó al suelo despedazándose el cráneo.

En medio de la magnificencia de este monumento, se oye gemir á la piedra, se ve llorar el mármol; el dolor paternal se ve extendido en aquel refinamiento artístico . . . es una novedad del dolor; martiriza aquella riqueza.

En el gran Cementerio, muy particularmente en los escalones superiores de las altas columnas, se ven puertas de granito, tan misteriosas y severas, que son propiamente pórticos de las sombras, puertas de recepción de la eterna noche.

Esas puertas conducen á subterráneos en que se conservan en lechos de mármol los cadáveres perfectamente embalsamados y en sus cajones, que tienen una ventanilla de cristales por donde asoma el muerto. A aquellos subterráneos alumbrados con gas, que se modifica según la voluntad, suelen concurrir familias á platicar con sus muertos. . . .

Los lotes del Cementerio cuestan, en general, cuatrocientos pesos; pero la Compañía que dirige el establecimiento, ha hecho donación de un trecho espacioso de terreno para que se sepulsen los niños pobres, y así se verifica en efecto.

Nada de monumentos ni inscripciones, ningún indicio de la vanidad humana en esa sección del Cementerio. Lecho común de musgo, mortaja de césped humilde, algunas flores. Y sin embargo, la ternura maternal, esa glorificación del amor, ese heroísmo oscuro de la abnegación, se encarga de comunicar encanto indecible á este lugar.

La vida que se extingue al nacer; la llama que espira al encenderse, iluminando el borde de cristal de la infancia, que unió su cuna á su tumba; la sonrisa y el gemido en un mismo estremecimiento del labio; la mirada y la lágrima.

En el agrupamiento de las escasas flores; en el conato de

coronita medio deshojada y puesta con esmero, como si al través de la tierra sintiese la madre el cútis de la frente del niño.

Con cristales y cuentas de vidrio, con fragmentos anónimos de objetos relucientes, ha hecho, sobre aquellos montoncitos de tierra, nichos el amor, y bajo de ellos están los juguetes de los niños, sus arlequines, sus esferitas de goma, sus caballitos, sus trompos. . . . esos eran sus juegos: con pretexto de ellos se hacía ostentación de las gracias; y se ve, se tiente, que aquellas chucherías, que aquellos primores, han sido regados con lágrimas. . . . ¿por qué morir? y por qué ese superfluo relámpago de vida si se ha de perder en la eterna sombra? ¿Por qué esa inconsecuencia del ser?

¡Madre de mi alma! si tú me vieras perdido en esta extranjería de muerte; si vieras que interrogo las tumbas para que me traigan, aunque hecho cadáver, un recuerdo de la patria; si me vieras ébrio de hiel, sintiendo como losa de sepulcro el cielo, y la multitud en que me pierdo como sombra!

Me duele la luz, me duele el aire, tiene quejidos esa fuente, estas tumbas son más hondas y más oscuras. . . . tragarian mi recuerdo. . . . aquí se cae. . . . en las tumbas de mi tierra se duerme. . . . en los sepulcros de mi patria hay polvo que nos ama.

Yo no sé cuánto tiempo duró mi letargo de dolor. Cuando volví en mí, estaba haciendo compañía á un desterrado de Cuba. . . . D. Miguel Aldama. . . .

A la salida del Cementerio, desde un claro que deja la altura, se percibe Brooklyn, que es tendidísima ciudad entre los árboles, con sus divisiones regulares, sus mil torres, as-

tas y veletas: parece que allí ha dicho su última palabra la grandeza; pero se anda un poco más y teniendo como un pedestal aquella altura de la muerte en que se siente el soplo de lo eterno. . . . á nuestros piés percibimos magnífico el mar. . . . el mar sepultándose en un horizonte en que parece tender sus alas el infinito. . . .

A mis piés, y tocando las aguas la tierra de los sepulcros, habia algunas barcas vacías, juguete de las olas. . . . parecia que ellas habian sido las conductoras de los muertos y que se entregaban abandonadas al acaso. . . .

Yo no puedo hacer comparaciones; pero sí puedo decir que el Cementerio de Greenwood, cuando le comunique su majestad el tiempo, para que no se crea en este pueblo movidizo que tambien tienen hotel los muertos, será uno de los lugares que honren al mundo.

Ahora tiene el Cementerio 21,000 y tantos sepulcros.

Al leer á Francisco mis apuntes sobre el Cementerio, me decia:

—Es una lástima que para ver esa maravilla no te hubiera acompañado un guía experto: te hubiera hecho notar, entre mil espléndidos monumentos, el erigido á los heróicos pilotos que en una noche tempestuosa se lanzaron fuera de la bahía á salvar un buque náufrago, pereciendo en la demanda.

Hubieras detenido tus pasos para anotar el sepulcro del marino que construyó su monumento creyendo próxima su muerte, y esperó la tumba diez y ocho años á su ilustre

huésped, que está representado en una soberbia estatua que tiene el sextante en la mano.

Hay otros cementerios, continuó Francisco, como Evergreen, situado en el mismo Broklyn, que tiene un aspecto rústico que encanta, Cipres Hill, Wood Lawn, á siete millas del puente de Harlem, New-York, Bay y sobre todo el Calvary, en que se entierran exclusivamente los católicos. Los sepulcros rodean una pequeña montaña y el conjunto del lugar tiene grandiosa majestad.

Habrias llamado la atencion sobre que el sistema de nichos, hijo en mucha parte de la codicia clerical, es de todo punto desconocido.

Ese empacamiento de los difuntos, esas casas de vecindad de los restos humanos, desnuda de su grandiosidad el culto de las tumbas.

Se recorre un panteon como una librería, viendo los rubros de las obras que guarda la armazon.

En el sepulcro de la tierra se improvisa el altar; parece que la restitution del polvo al polvo se hace más patente; la flor es el recuerdo y la lágrima.

Yo no sé en qué disposicion de espíritu visité á Greenwood, que me sentí muerto; parece que celebraba el duelo de mis propios funerales.

Extinguirse entre la soledad de la multitud; extinguirse sin que nos acaricie la idea de la vista de los que nos sobreviven en espíritu y quedan calentando en sus corazones nuestra memoria; morir sin esa revelacion de la inmortalidad que se llama el recuerdo, es naufragar con el alma, perderse en un infinito de olvido.

Entónces nos lloramos; pero esas lágrimas las orea el

viento; cuando las enjuga una mano querida, sentimos como una iluminacion en nuestro espíritu.

En vano la filosofía describe la muerte como término forzoso, como condicion de la renovación del sér; en vano nos redime el sepulcro de una existencia eterna con sus eternos dolores, cuando la mano temblorosa de la caducidad no puede llevar á nuestros labios la copa de goce alguno; siempre que el sentimiento nos domina; siempre que rotas las ligaduras de la escuadra y el guarismo, la alma se habla con su lógica peculiar, Dios resplandece en nosotros y el espíritu ansía por relaciones y consuelos que no podrá suministrarle nunca el universo material.

Yo he sentido mi polvo mezclado á esta tierra, he visto mi tumba como una usurpacion; el hielo de la extranjería de la muerte ha llevado el frio á mis huesos; y advenedizo de la misma nada, á mí tornaba mi duelo como el polvo que se lanza contra el viento y ciega nuestros ojos. Mejor dicho; mi duelo era á los que no lloraban por mí sobre mi desconocida losa.

Sentia mi corazon enfermo, mi salida del Cementerio era como una exhumacion. Creia en mi alucinacion de muerte, y habia visto hecho cadáver el Parque Central.

En la noche á él me dirigí, y consigné mis impresiones allí, de esta manera:

ROMANCE.

Están en el ancho espacio
Tan apiñadas las sombras,
Que en vez de cielo se mira
La ciudad bajo una losa,

Y sus gigantes palacios
Calles en la altura forman,
Que detienen las miradas
Y que el horizonte angostan,
Como se ve desde el fondo
De barranca pavorosa,
Las quiebras y los senderos
Que en la cima hacen las rocas.

Sartas de luz los faroles
Forman de una acera y otra,
Y en el centro las tinieblas
Van corriendo silenciosas;
Pero la luz es tan viva
Y á trechos tal se amontona
En capelos de cristales,
En urnas tan primorosas,
Y en mil globos luminosos
De llamas verdes y rojas
Y de intenso azul de cielo,
Que vaga la vista absorta
Entre ese hervor de colores
Que saltan entre las sombras,
Y que como en festin de hadas
La negra tiniebla tornan.

Al descender los declives
De las calles espaciosas,
Se va entre dos firmamentos
De llamas deslumbradoras;
El uno de dosel funge,
Y el otro sirve de alfombra.

En relieve se sospecha
Con alguna luz traidora
Que dejó como perdidas
Sus claridades dudosas,

Ya la mezquita del moro,
 Ya la gentil sinagoga,
 Ya la catedral romana
 Ostentando pompas góticas.

En medio de esos conjuntos
 De masas que se amontonan,
 Abren sus brazos las plazas
 En anchuras espaciosas,
 Y los árboles se miran
 De pie, sin verse sus hojas,
 Murmurando sus acentos
 En acompasadas notas.
 Entre los arbustos lucen
 Y bajo las ramas brotan
 Centellas que se derraman
 Y que tiemblan silenciosas,
 Dejando rastros de fuego
 En las fuentes bullidoras,
 Que polvareda de plata
 Vuelven las aguas que arrojan.

Iba solitario al Parque
 A esconder mis amarguras,
 Que cuando el alma padece
 En la sombra se refugia.
 Esa mansion de placeres
 Con sus fuentes de aguas puras,
 Sus salones voluptuosos
 Y sus enramadas rústicas;
 Esa estancia de delicias,
 Con sus lagos que deslumbran,
 Sus glorietas, sus estatuas,
 Sus calzadas y sus grutas;

Donde la beldad ostenta,
 Sedas, encajes y plumas,
 Donde la infancia dichosa
 Trisca con alegre bulla ...
 La contemplé desde fuera
 Triste como negra tumba
 Circundada de fantasmas,
 Que así en su torno se agrupan,
 De los chopos, los ramajes
 Que en lo oscuro se dibujan.
 Al interior penetrando,
 Con la claridad confusa
 De insuficientes faroles
 Que entre las ramas se ocultan,
 Produciendo sus reflejos
 La indecision y la duda,
 Observé como corriente
 De gentío que iba en busca
 De la sombra del misterio
 Que se escurre, que se ofusca,
 Bien al borde de los lagos,
 Ya entre las ramas profusas
 De los sauces, ya en las rocas
 Que parece se derrumban
 En los extendidos prados
 Y al borde de las lagunas.
 ¡Cómo el murmullo del habla
 Con el susurrar se aduna!
 ¡Cómo las fuentes perdidas
 En las tinieblas oscuras,
 Miman con sus blandos cantos
 A las parejas que cruzan!
 Como sintiendo sin vista
 Del Parque la galanura,

¡Qué suspiros encendidos!
 ¡Cuántas risas de ventura
 De mil parejas que aisladas
 Están en medio á la turba,
 Como cruzando invisibles
 Celebrando su fortuna,
 Triunfantes de las pesquisas
 Y de la luz importuna!
 Era el Parque una belleza
 A quien negro velo anubla,
 Y al que ha visto sus encantos
 Con sospecharlos se abruma.
 Entre esas hondas tinieblas
 Que á la pasión no perturban,
 Que las risas estremecen
 Y que las flores perfuman,
 Aislado junto de un lago
 Que indeciso se columbra
 Entre macizos de ramas,
 La alma triste, la voz muda,
 Sin un eco que sonase
 Para mí como en la tumba,
 Dí rienda suelta á mis ansias,
 Dije: "oh patria!" con angustia,
 Las manos llevé á mis ojos
 Con mis tormentos convulsas,
 Y sentí que al retirarlas
 Con mi llanto estaban húmedas.

GUILLERMO PRIETO.

Nueva-York.—Junio, 1877.



III

Adioses de mis amigos.—La bahía.—La estatua de la Libertad.—Jersey.—Adios.—Fábrica de pianos de Stenway.—La maquinaria.—Varias manipulaciones.—Reflexiones sobre el pueblo americano.—La parte baja de la ciudad.—La Tesorería.—La Aduana.—Observaciones sobre la tarifa americana.—Cifras de las exportaciones é importaciones.—Otra vez el inglés.—El castellano viejo.

MIS amigos Alfonso, Pablo y Manuel, partieron al fin para nuestra patria: la noche precursora de su partida, entre los baúles, algunos amigos que quedábamos en el destierro y los criados que en trágico afanoso cruzaban de un cuarto á otro, se oían los encargos á las personas amadas, las recomendaciones encarecidas y palabras que volaban á morir en la sombra de los tristes recuerdos.

De repente, las explosiones del buen humor se disipaban y caía sobre todos ese silencio que se acentúa tan hondamente en el prólogo de todas las separaciones.